

NUNCA ES DEMASIADO TARDE

*El camino inesperado de
Dios al éxito*

TONY EVANS



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *God's Unlikely Path to Success* © 2012 por Tony Evans y publicado por Harvest House Publishers, Eugene, OR 97402. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Nunca es demasiado tarde* © 2014 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Rosa Pugliese

Revisión: Belmonte Traductores, www.belmontetraductores.com

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

Todo el texto bíblico sin otra indicación ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “LBLA” ha sido tomado La Biblia de las Américas, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “RVR-1960” ha sido tomado de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

Las cursivas en los versículos bíblicos son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1946-1 (rústica)
ISBN 978-0-8254-0569-3 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-8529-9 (epub)

1 2 3 4 5 / 18 17 16 15 14

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

*Este libro está dedicado, con reconocimiento,
a todos aquellos creyentes desanimados
que están buscando una segunda oportunidad.*



RECONOCIMIENTOS

Quiero agradecer a mis buenos amigos de Harvest House Publishers: Bob Hawkins Jr., LaRae Weikert y Nick Harrison por haber creído en esta visión y por trabajar diligentemente para llevar este libro a su término.

Contenido

Introducción	7
1. Moisés era un asesino	15
2. Rahab era una prostituta	33
3. Jacob era un mentiroso	53
4. Jonás era un rebelde	73
5. Ester era una diva	93
6. Pedro era un apóstata	117
7. Sansón era un mujeriego	133
8. Sara era una princesa	153
Unas palabras finales: La recuperación en la vida	175
Preguntas para el debate o la reflexión personal	179

Introducción

Una de mis mayores dichas en la vida es tener el privilegio de ser pastor. Es una responsabilidad que no tomo a la ligera. Como pastor, a menudo hablo detenidamente con las personas de sus heridas, dolores y decepciones.

A veces, en medio de su dolor, las personas me preguntan: “¿No es demasiado tarde para mí? ¿No es demasiado tarde para que Dios haga algo conmigo?”. Estas preguntas provienen de un lugar profundo, donde las personas piensan que sus muchos fracasos les han hecho perder el destino de Dios para sus vidas. Cuando me hacen esas preguntas, siempre respondo: “No, *no* es demasiado tarde. *Nunca* es demasiado tarde para Dios”.

A menudo, Dios usa a personas quebrantadas para lograr sus propósitos en la tierra. Leemos muchas veces en las Escrituras sobre personas quebrantadas a las que Dios levantó de manera maravillosa. Usó a Moisés, un asesino, para liberar a los esclavos hebreos. Usó a Jacob, un mentiroso y embaucador, para cumplir su promesa a Abraham. Incluso usó a Rahab, una prostituta, en el linaje de la familia mesiánica. Si Dios redimió sus vidas, puede redimir la nuestra también.

El quebrantamiento *nunca* debería limitarnos. Antes bien, debería proyectarnos hacia una vida de libertad. Una persona realmente

quebrantada entiende la realidad de Juan 15:5, donde Jesús dice: “Ciertamente, yo soy la vid; ustedes son las ramas. Los que permanecen en mí y yo en ellos producirán mucho fruto porque, separados de mí, no pueden hacer nada”. Y nada puede detener a una persona quebrantada que ha aprendido a depender de Dios.

Sin embargo, cuando no dejamos de pensar en nuestro pasado, lleno de fracasos, es difícil ver un futuro prometedor, así como es difícil conducir cuando estamos constantemente mirando por el espejo retrovisor. Cuando usted conduce, necesita mirar por el espejo retrovisor, pero si lo sigue mirando todo el tiempo, terminará lesionado y lesionando a aquellos que van con usted. Por eso, el parabrisas es mucho más grande que el espejo retrovisor; el parabrisas nos muestra hacia dónde vamos, no dónde hemos estado.

El medio tiempo y la esperanza

Si alguna vez ha visto un partido de fútbol, sabe que después de la primera parte del partido, los equipos se van a sus respectivos vestuarios. El medio tiempo es para descanso y evaluación. Es el momento para reorganizarse: evaluar cómo han salido las cosas y decidir qué ajustes se deben hacer en el resto del partido.

La primera parte de cualquier partido de fútbol es importante, pero no es determinante. A lo largo de los años, numerosos equipos que ganaban cuando llegó el medio tiempo, al final perdieron el partido. Y numerosos equipos que perdían tras la primera parte, cuando terminó el partido habían logrado cambiar el resultado. Hasta el silbato final, el partido puede ser para cualquiera de los dos equipos.

Lo mismo sucede en la vida. Puede que usted esté en su primera o segunda parte, pero si todavía sigue con vida, el partido de su vida no ha terminado. Su reloj sigue marcando la hora. Todavía hay mucho por vivir. No solo eso, sino que su primera parte no tiene por qué determinar el resultado del partido. Tal vez haya cometido errores y haya tomado malas decisiones; tal vez haya experimentado muchas decepciones y fracasos. Quizá, de vez en cuando, la

vida le haya tratado mal. *Pero todavía sigue con vida.* Y mientras siga con vida, el silbato final aún no ha sonado y no es demasiado tarde para que Dios le lleve directamente hacia el plan que tiene para su vida. ¡No es demasiado tarde para que Dios le introduzca a su glorioso mañana!

Mire, Dios ve su futuro mientras el enemigo trata de hacer que usted esté enfocado en su pasado. Dios dice: “¡*Puedes*, a pesar de lo que has hecho!”. Pero el enemigo dice: “¡*No puedes* a causa de lo que has hecho!”. Dios nunca le definirá por su pasado, pero el enemigo tratará de limitarle por su pasado. Ya sea que en su primer tiempo haya predominado lo bueno, lo malo o lo feo, el objetivo de Satanás será mantenerle atado a su pasado. Pero mi recomendación a medida que recorremos juntos estas páginas será que nunca deje que su pasado le impida alcanzar su futuro. Aprenda del pasado, pero no viva en él.

El que fue rústico, ¿nunca dejará de serlo?

¿Recuerda a Jed Clampett y *Los Beverly Ricos*? Lo que hizo que ese programa de televisión fuera tan interesante es que Jed y su familia habían sido libres de su pasado —una vida de pobreza y rusticidad en la región montañosa de Ozark—, pero aun después de mudarse a Beverly Hills, seguían viviendo de manera rústica. Su ubicación había cambiado, pero su patrón de pensamientos no. El pasado de los Clampett depreciaba tanto un presente como un futuro valiosos.

Lo mismo sucedió con los israelitas, que escaparon de 430 años de dominio de los egipcios. Los israelitas habían dejado Egipto, pero Egipto seguía en ellos. Cuando enviaron a los espías a la Tierra Prometida, estuvieron a las puertas de un futuro glorioso, pero dado que decidieron enfocarse en las dificultades a las que se enfrentarían en esa Tierra Prometida, murmuraron y se quejaron, y en cambio quisieron volver a su pasado. “Nos acordamos del pescado que comíamos en Egipto de balde, de los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos”, dijeron al quejarse, y decidieron mirar la vida a

través del espejo retrovisor en vez de enfocarse en las promesas que tenían por delante.

Cuando Dios liberó a los israelitas de Egipto, los *sacó de* su pasado y los *introdujo a* su futuro: Canaán. Sin embargo, dado que decidieron enfocarse tanto en el pasado, no fueron introducidos a su futuro. Como resultado, tuvieron que deambular por el desierto durante cuarenta años para que Dios pudiera desprenderlos de su pasado. Muchos de nosotros no podemos alcanzar nuestro futuro porque seguimos llevando las cargas de nuestro pasado.

Los israelitas seguían atados a su pasado, porque no hicieron lo que Hebreos 4:1-2 nos dice que es esencial si queremos entrar al destino que Dios tiene para nosotros: debemos combinar la Palabra de Dios con la fe.

Por lo tanto, debemos temblar de miedo ante la idea de que alguno de ustedes no llegue a alcanzarlo. Pues esta buena noticia —del descanso que Dios ha preparado— se nos ha anunciado tanto a ellos como a nosotros, pero a ellos no les sirvió de nada, porque no tuvieron la fe de los que escucharon a Dios.

Fe significa actuar según la Palabra de Dios. Fe es actuar con base en algo que *no es* como si *lo fuera*, simplemente porque Dios lo *dijo*. Fe siempre implica una acción. Por eso se nos dice que caminemos por fe y no por vista. Hasta que una verdad de la Palabra de Dios haya sido puesta en acción en nuestra vida, solo será una teoría espiritual. No será una experiencia concreta. Sin una acción, morirá en el desierto. Dios no está interesado en nuestro “amén”, sino en nuestro proceder.

Si queremos que una bolsa de cemento se convierta en hormigón, tenemos que mezclarla con agua. De la misma manera, debemos mezclar la Palabra de Dios con fe para que se convierta en una experiencia concreta en nuestra vida. La Palabra de Dios puede hacernos sentir bien y provocarnos una euforia emocional, pero esos sentimientos no

durarán mucho si la Palabra no está mezclada con fe. La fe demanda una acción, no solo un sentimiento.

El pueblo de Israel podría haber llegado a Canaán en treinta y cinco días. Pero lo que debería haberles llevado treinta y cinco días terminó llevándoles cuarenta años debido a que persistieron en mirar atrás. Tal vez eso le resulte conocido. Quizá esperaba haber llegado más lejos en la vida a estas alturas —más lejos en su carrera, sus relaciones, su familia, sus finanzas o incluso en su bienestar emocional y espiritual—, pero en cambio sigue mirando atrás. Sigue diciendo: “Qué hubiera sido si... por qué... pero...” y todas las demás cosas que se dicen del pasado.

Tiene miedo de haberlo echado todo a perder, de haber perdido su oportunidad, de haber fallado. O tiene miedo de que otra persona lo haya estropeado demasiado, que le haya robado su futuro o su esperanza. El pasado es real para usted. Y sin duda lo es. No estoy sugiriendo que su pasado no sea real; pero debe dejar de mirar los puerros y el pescado de su pasado y, en cambio, mirar hacia el futuro, hacia la leche y miel de su destino. Dios les dio una vislumbre de su futuro a los espías, y Él le ha dado una vislumbre de lo que tiene reservado para usted también. Es una vislumbre de un futuro bueno y una esperanza.

A diferencia de los israelitas en el desierto, los individuos que estamos por estudiar en este libro actuaron en fe como respuesta a la Palabra de Dios. En consecuencia, muchos de ellos han sido conmemorados en el “Salón de la fama de la fe” de Hebreos 11, y todos son conocidos por haber cumplido el llamado de Dios en sus vidas. Dios está esperando que usted dé el salto de fe hacia sus brazos llenos de gracia como ellos hicieron.

No es demasiado tarde

La sala de maternidad de los hospitales es uno de los lugares más optimistas de la tierra. Con cuatro hijos y diez nietos (¡por ahora,

porque la cantidad de nietos sigue creciendo!), he tenido la posibilidad de conocer bastante bien las salas de maternidad.

Con la nariz contra la ventana y ojos que observan a los recién nacidos, se puede escuchar a padres, abuelos, familiares y amigos expresar sus felicitaciones, alegría, expectativas y esperanza para los bebés que nacen. La esperanza en las salas de maternidad es ilimitada, ¡cómo debería ser! Deseamos creer que nuestros hijos, hijas, familiares o amigos un día crecerán y cambiarán el mundo, ganarán los Juegos Olímpicos, escribirán una novela de gran éxito comercial o llegarán a ser presidentes de la nación.

Aunque muchos corazones rebosan de esperanza ese día del nacimiento, no todos verán sus sueños hacerse realidad a medida que pasan los días, los años y toda la vida. La vida nos da sorpresas desagradables, nos presenta dificultades y retos que pueden cortarnos las alas.

Cuando esto sucede, muchos de nosotros pedimos una segunda oportunidad, así como los niños muchas veces piden “¡Otra vez!” cuando no les gusta un resultado. Nosotros quisiéramos pararnos frente a la vida y decir: “¡Otra vez!”, pero la realidad es que no podemos cambiar el pasado. Debido a ello, muchas personas están estancadas en su presente simplemente porque están estancadas en su pasado. Y aunque muchas veces los cristianos hablan del poder ilimitado de Dios que obra milagros, la mayoría piensa que Dios no le dará otra oportunidad.

Es verdad: Dios no puede cambiar nuestro pasado, ni lo hará. Pero Él puede cambiar nuestro futuro, y esa sola verdad debería darnos esperanza. Siempre hay esperanza cuando tenemos a Dios de nuestro lado. Amigo, si algo escuchará de mí a lo largo de este libro, escuche estas cuatro palabras: *No es demasiado tarde*.

A medida que lee este libro, quiero que experimente esta realidad a través de la vida de personas que podrían haber pensado que era demasiado tarde para que les sucediera algo bueno. Puede que hayan hecho algo, como haber tomado una mala decisión, o que les hayan hecho algo. Sin embargo, no fue demasiado tarde para que Dios transformase el caos de su vida en un milagro.

No fue demasiado tarde para Jonás, que ignoró el mandato de Dios de predicar un llamado al arrepentimiento al pueblo de Nínive y terminó en el vientre de una ballena. Pero Dios rescató a un Jonás arrepentido, que llegó a encabezar uno de los mayores avivamientos de todos los tiempos.

No fue demasiado tarde para Sansón, que dio la espalda a los votos que hizo a Dios y se fue de fiesta con las mujeres filisteas. Aunque perdió su fuerza sobrenatural a causa de su pecado, en su quebranto clamó por última vez a Dios, y Dios le usó para derrotar a sus enemigos.

No fue demasiado tarde para Sara, que dudó de la promesa de Dios de que daría a luz un hijo, al reírse de la noticia a causa de su edad avanzada. Aunque tramó una solución humana en un intento fallido por ejecutar una promesa sobrenatural, Dios, en su misericordia, cumplió la promesa en los últimos años de su vida.

No fue demasiado tarde para Pedro, que a pesar de haber hecho la osada declaración de que nunca dejaría a Jesús, lo negó tres veces. Pero la vida de Pedro fue restaurada espiritualmente, y pasó a realizar cosas que ese pescador nunca pudo haber imaginado.

Tampoco fue demasiado tarde para Rahab, Jacob o Ester, y definitivamente, tampoco es demasiado tarde para usted. Dios tiene un propósito, un destino y una meta para su vida. No retroceda ahora. Ya ha llegado demasiado lejos. Usted no puede cambiar su pasado, independientemente de cuánto desee cambiarlo. Pero su pasado no tiene que determinar su futuro. No es demasiado tarde para vivir en la esperanza y el supremo llamado que le pertenecen en Jesucristo.

A pesar de lo que usted haya hecho, a pesar de lo que otros le hayan hecho y a pesar de lo profundo que sea el pozo en el que se encuentre, Dios todavía puede restaurar y usar su vida. *No es demasiado tarde*. Pero no se deje llevar por mis palabras. Siga leyendo. Profundice junto a mí en la vida de personas quebrantadas que nos dejaron un legado de fe.

Moisés era un asesino

Moisés era un asesino. No se puede ser peor que eso. A los cuarenta años de edad, Moisés asesinó a un hombre, y en consecuencia salió disparado del epicentro del lujo egipcio y terminó en medio de un desierto llamado Madián, donde cuidaría ovejas durante los siguientes cuarenta años.

¡Qué desvío!

Las malas decisiones pueden hacer que nuestras vidas cambien de rumbo; no solo por un año o dos, sino por décadas. Recuperar el rumbo de la vida parece una hazaña imposible, pero eso es exactamente lo que Moisés tenía que hacer.

Si usted ha pasado mucho tiempo con ovejas, sabe que las ovejas no son una compañía muy inspiradora. De hecho, es muy probable que Moisés se sintiera frustrado y aburrido con las ovejas. ¿De qué otra manera se puede explicar el hecho de que, en Egipto, Moisés “era poderoso tanto en palabras como en acciones” (Hechos 7:22), pero más tarde pusiera reparos al llamado de Dios sobre su vida —no una sino dos veces— porque se le trababa la lengua y se le enredaban las palabras (Éxodo 4:10) y era “torpe para hablar” (Éxodo 6:12)? Estas son dos

realidades completamente opuestas. No se puede ser “poderoso tanto en palabras como en acciones” y a la vez “torpe para hablar”.

Algo le pasó a Moisés en Madián. No solo envejeció, sus huesos le dolían más que antes o su cabello se llenó de canas; en Madián, Moisés perdió de vista quién era. Perdió su confianza. Se olvidó de su propio potencial. O como me gusta decir: Moisés perdió su esencia.

Es probable que usted nunca haya asesinado a nadie, pero podría haber perdido su esencia a lo largo del camino. Si no sabe qué quiero decir con esencia, es simplemente esa chispa, energía y entusiasmo que hacen que usted sea quien es.

Quizá haya tomado alguna vez una decisión que puso su vida en la senda incorrecta, y hasta el día de hoy se arrepiente de eso. En vez de dejar una estela de gloria en la vida, lo mejor que puede esperar es conformarse con pequeños destellos de luz.

Me imagino que al principio, como la mayoría de las personas, tenía usted sueños. Tenía una visión. Conocía su capacidad y las habilidades que podía usar para afectar positivamente a este mundo. De hecho, puede que haya pensado que podía desafiar a este mundo. Pero después se dio cuenta de que estaba en su propio Madián, y conforme el tiempo pasaba y cada día tenía que lidiar con las mismas ovejas, ir al mismo pozo de agua, escuchar las mismas quejas sobre lo pedregoso del camino y lo urticante de la lana, la chispa en su interior se fue apagando.

Si ha sido así, le voy a pedir que confíe en mí; no por quién soy yo, sino por quién es Dios. Las historias de estas páginas no son historias mías. Son historias de Dios, y Él las preservó para que sean de aliento para usted y para mí. De modo que esta es mi pregunta para usted: ¿Lo hará? ¿Confiará en mí? Porque lo que estoy por decirle puede cambiar su vida. La verdad de Dios tiene el poder de hacer justamente eso.

Moisés perdió su esencia

Lo primero que quiero decirle es que si ha perdido su esencia, no es el único. Dijimos que lo mismo le pasó a Moisés: uno de los héroes

más famosos de la Biblia. Cuando llegó el momento oportuno para que Moisés cumpliera el llamado de su vida de sacar a millones de personas de la esclavitud hacia la libertad, ni siquiera quería responder al llamado. “¿Y cómo va a hacerme caso el faraón, si ni siquiera los israelitas me creen?”, argumentaba Moisés. Se parecía a un adolescente que tiene un berrinche porque no quiere hacer su tarea. “Elegiste al hombre incorrecto, Dios. El pueblo no me hizo caso, y el faraón tampoco lo hará”, dijo Moisés en la versión parafraseada de Éxodo 6:12 de Tony Evans.

Pero Moisés estaba equivocado. Y usted también lo está si cree que Dios no puede o no quiere usarle. Amigo, Dios tiene un plan para usted y un plan para mí, así como lo tuvo para Moisés. Puede que el plan de Dios para su vida no incluya sacar a millones de personas de la esclavitud, pero su plan es bueno porque Él es un Dios bueno. Es un plan con un futuro y una esperanza.

Si Moisés pudo recuperarse después de cuarenta años de marginación, usted también puede hacerlo. De hecho, debido a que Moisés pudo recuperarse estoy escribiendo este libro para usted. Con tanto para aprender de la vida de Moisés y de otros personajes que vamos a estudiar, nadie debería pensar *nunca* que es demasiado tarde para que Dios cambie su situación. Si ha pensado en rendirse, tirar la toalla o descartarse de hacer ninguna contribución importante en la vida, *no lo haga*. No es demasiado tarde. ¿Recuerda lo que le pedí que hiciera? Confíe en mí. No por mí, sino por Dios y las verdades de su Palabra de las que voy a hablarle.

Ahora bien, no voy a discutir con usted; tal vez haya tomado una mala decisión o muchas malas decisiones. Y quizá su situación parezca poco prometedora por fuera, por dentro o en ambos sentidos. Pero dudo que se vea peor que un anciano en Madián que camina con las ovejas todos los días.

Usted todavía está con vida leyendo esta página, de modo que no es demasiado tarde para que Dios haga algo asombroso en usted y a través de usted. Dios es el gran Dios de lo inimaginable, y sus caminos son mucho más altos que los nuestros. Nunca mire sus circunstancias.

Nunca se mire a sí mismo. Es muy probable que la perspectiva de usted mismo y de sus circunstancias se haya distorsionado, como sucedió con la de Moisés.

En cambio, quiero que se enfoque en Dios. Observe lo que Él hace con cada una de las vidas que veremos en este libro. Y cuando lo haga, quiero que se atreva a esperar otra vez. Atrévase a soñar otra vez; a tomar su esencia y adoptar esa postura otra vez. Dios cambió totalmente la situación sin esperanza de Moisés en el desierto, y Él quiere cambiar también su situación.

Los orígenes de Moisés

Las Escrituras nos dicen que cuando nació Moisés, un bebé hebreo nacido en el seno de una familia esclava durante el apogeo del dominio y gobierno egipcio, era un varón hermoso. Algo especial en Moisés hizo que ciertas personas estuvieran dispuestas a arriesgarse a recibir el castigo de los líderes egipcios a fin de salvarlo.

El primer capítulo de Éxodo explica que, en esa época, un nuevo faraón había llegado al poder en Egipto. Él “no conocía nada de José”, el israelita que había jugado un papel decisivo durante un período prolongado de hambruna nacional (Éxodo 1:8). El plan de José había salvado a los egipcios y a muchos pueblos de naciones vecinas, incluso a su propio padre y a sus hermanos con sus familias.

Al poco tiempo, los setenta hebreos (sin contar a las esposas) que habían ido a vivir a Egipto se habían multiplicado tanto, que el faraón se sintió amenazado. Por tal motivo, el faraón tomó una decisión. “Miren, el pueblo de Israel ahora es más numeroso y más fuerte que nosotros. Tenemos que idear un plan para evitar que los israelitas sigan multiplicándose. Si no hacemos nada, y estalla una guerra, se aliarán con nuestros enemigos, pelearán contra nosotros, y luego se escaparán del reino” (vv. 9-10).

Al principio, el plan era desgastar al pueblo hebreo por medio de trabajos forzados, con la esperanza de que no solo se desalentaran, sino que también se redujeran en número. Faraón debió de haber

imaginado que si los hebreos estaban exhaustos de tanto trabajo, no tendrían incentivo, fuerza ni tiempo de seguir poblando la tierra. “Por lo tanto, los egipcios esclavizaron a los israelitas y les pusieron capacetes despiadados a fin de subyugarlos por medio de trabajos forzados. Los obligaron a construir las ciudades de Pitón y Ramsés” (v. 11).

Sin embargo, cuanto más trataban de desgastarlos, “más los israelitas se multiplicaban y se esparcían” (v. 12). En consecuencia, los egipcios aumentaban su opresión y “les amargaban la vida forzándolos a hacer mezcla, a fabricar ladrillos y a hacer todo el trabajo del campo” (v. 14).

Puesto que todavía no había disminuido la cantidad de nacimientos hebreos en Egipto, tal como el faraón esperaba, decidió hacerlo él mismo y “dio la siguiente orden a las parteras hebreas Sifra y Puá: ‘Cuando ayuden a las mujeres hebreas en el parto, presten mucha atención durante el alumbramiento. Si el bebé es niño, mátenlo’” (vv. 15-16). Pero la Biblia dice: “Como las parteras temían a Dios, se negaron a obedecer las órdenes del rey, y también dejaron vivir a los varoncitos” (v. 17).

Entonces el faraón amplió su ataque y dijo: “Tiren al río Nilo a todo niño hebreo recién nacido; pero a las niñas pueden dejarlas con vida” (v. 22). Eso es lo que finalmente le sucedió al varoncito Moisés, aunque no lo “tiraron” al Nilo exactamente; sino que la madre de Moisés “tomó una canasta de juncos de papiro y la recubrió con brea y resina para hacerla resistente al agua. Después puso al niño en la canasta y la acomodó entre los juncos, a la orilla del río Nilo” (Éxodo 2:3).

Sucedió que mientras Moisés estaba flotando en el río dentro de su canasta de juncos, apareció la hija del faraón. Mientras se bañaba en el Nilo, vio la canasta y le pidió a su criada que fuera y se la trajera.

Al abrir la canasta la princesa vio al bebé. El niño lloraba, y ella sintió lástima por él. “Seguramente es un niño hebreo”, dijo. Entonces la hermana del bebé se acercó a la princesa.

—¿Quiere que vaya a buscar a una mujer hebrea para que le amamante al bebé? —le preguntó.

—¡Sí, consigue a una! —contestó la princesa.

Entonces la muchacha fue y llamó a la madre del bebé. “Toma a este niño y dale el pecho por mí —le dijo la princesa a la madre del niño—. Te pagaré por tu ayuda”. Así que la mujer se fue con el bebé a su casa y lo amamantó (Éxodo 2:6-9).

¡Qué cambio de rumbo! En un momento, el niño Moisés está por perder la vida, y al siguiente está creciendo en la casa del faraón, ¡y hasta le pagan a su propia madre para que lo críe! El libro de los Hechos nos da una vislumbre del niño al que el escritor de los Hechos llama “agradable a los ojos de Dios” (Hechos 7:20, NVI). Leemos: “Así Moisés fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios, y era poderoso en palabra y en obra” (v. 22, NVI). En otras palabras, Moisés tuvo una clase de vida superior. Fue a las mejores escuelas y tuvo la mejor educación y las mejores oportunidades.

Moisés nunca tuvo que preocuparse por las finanzas o si podía comprarse ropa de marca. Tenía cultura, aptitudes y poder. De hecho, como miembro de confianza de la casa del faraón, cumplía con los requisitos para llegar a ser un poderoso gobernante de Egipto.

Pero algo sucedió cuando Moisés cumplió cuarenta años, que cambiaría su vida para siempre.

Un día, cuando ya Moisés era mayor de edad, fue a ver a sus hermanos de sangre y pudo observar sus penurias. De pronto, vio que un egipcio golpeaba a uno de sus hermanos, es decir, a un hebreo. Miró entonces a uno y otro lado y, al no ver a nadie, mató al egipcio y lo escondió en la arena (Éxodo 2:11-12, NVI).

Moisés recordó lo que le habían dicho sobre él. No sabemos quién se lo dijo, pero es muy probable que su madre le susurrara a sus oídos:

“Tú eres uno de ellos”, mientras cuidaba de él. “Tú eres uno de nosotros, Moisés”, pudo haberle dicho. “Eres un israelita”. Sabemos que Moisés lo sabía porque leemos que Moisés fue a ver a sus “hermanos”. De hecho, el pasaje menciona la palabra *hermanos* dos veces, para recalcar que Moisés sabía que era israelita y no egipcio.

Inquieto por sus hermanos y para identificarse con ellos, Moisés decidió relacionarse con el pueblo de Dios en vez de vivir a lo grande en Egipto. Estaba comprometido a hacerlo. Estaba determinado. Incluso era influyente. Solo que no supo cuál era la manera correcta de hacer lo que quería hacer.

Quando cumplió cuarenta años, Moisés tuvo el deseo de allegarse a sus hermanos israelitas. Al ver que un egipcio maltrataba a uno de ellos, acudió en su defensa y lo vengó matando al egipcio. Moisés suponía que sus hermanos reconocerían que Dios iba a liberarlos por medio de él, pero ellos no lo comprendieron así (Hechos 7:23-25, NVI).

Moisés pensó equivocadamente, y entonces actuó equivocadamente. Moisés vio que un egipcio estaba molestando a uno de sus hermanos, y dijo: “No voy a dejar que te salgas con la tuya. ¡Voy a ser el que libere a mi pueblo, y voy a empezar ahora mismo contigo!”. Moisés hizo lo que muchos de nosotros hacemos: usó medios humanos para lograr un objetivo divino. Usó su propia orientación y perspectiva para buscar un resultado legítimo. Moisés no trató de detener la pelea, sino que vengó al israelita con la muerte del egipcio.

Ahora bien, no estoy muy seguro de cuál era el plan a largo plazo de Moisés. No sé si pensó que iba a liberar a los israelitas eliminando a un egipcio cada vez o si estaba poniendo las cosas en su lugar. Como miembro muy notorio de la casa de Faraón, Moisés sabía que podía llamar la atención con solo estar allí. Por eso las Escrituras señalan que “entonces Moisés miró a todos lados para asegurarse de que nadie lo observaba, y mató al egipcio y escondió el cuerpo en la arena” (Éxodo

2:12). Seguro de que nadie lo había visto, Moisés debió de haber pensado que había comenzado el proceso de mostrar dónde estaba su compromiso. Él era realmente el héroe de los israelitas, enviado a liberarlos de su opresión. Sin embargo, al día siguiente, cuando Moisés trató de detener una pelea entre dos israelitas, rechazaron su ayuda. Él no los estaba tratando de matar también; solo les estaba diciendo: “Hermanos, ¿no podemos llevarnos todos bien?”.

En cambio, ellos le dijeron: “¿Y quién te nombró a ti gobernante y juez sobre nosotros? ¿Acaso quieres matarme a mí, como mataste ayer al egipcio?” (Hechos 7:27-28, NVI). El día anterior debió de haber pasado una de dos cosas. Puede que Moisés no hubiera notado que alguien estaba observando. Pero lo más probable es que el joven rescatado y vengado hubiera comenzado a hablar.

Por tanto, ahora Moisés tenía dos problemas. Primero, había cometido un asesinato en primer grado. Y *era* un asesinato, porque como líder respetado, no tenía que matar al egipcio para detener la pelea. Segundo, los hermanos que él fue a ayudar lo rechazaron. Entonces Moisés tenía dos cosas de las cuales recuperarse. Pero antes de que siquiera tuviera la oportunidad de intentarlo, la noticia de lo que había hecho llegó a oídos de los egipcios, incluso hasta el mismo faraón. Leemos: “el faraón se enteró de lo que había ocurrido y trató de matar a Moisés; pero él huyó del faraón y se fue a vivir a la tierra de Madián. Cuando Moisés llegó a Madián, se sentó junto a un pozo” (Éxodo 2:15).

Así que ahora encontramos a Moisés, un fugitivo solitario, sentado junto a un pozo en medio del desierto. Antes de seguir adelante, quiero asegurarme de que no se excuse y me diga: “¡Pero, Tony, yo nunca he matado a nadie!”. Para Jesús, el asesinato físico no es la única manera de matar a alguien. Esa es solo la única manera obvia. Jesús dice incluso que una persona no debería ni siquiera proyectar su enojo hacia otra. Tal vez, ese enojo no le quita físicamente la vida a nadie, pero inicia el proceso de quitar cosas de esa vida.

El enojo puede manifestarse de varias maneras. Se manifiesta cuando el carácter de una persona es destruido o menoscabado por

otra persona que está enojada con él o ella. Se manifiesta cuando alguien no es capaz de progresar en el lugar de trabajo, en una comunidad o en la iglesia, porque alguien se lo impide. Se puede manifestar en el hogar cuando uno de los cónyuges busca controlar o dominar al otro con su enojo. O cuando un padre daña la autoestima de su hijo con arrebatos de enojo o expectativas irreales. El enojo puede manifestarse en todos lados; no solo en Egipto. Hace daño en el lugar de trabajo, en el hogar, en la iglesia y en la comunidad de varias maneras, al intentar quitar oportunidades a los demás y destruir su potencial.

Entonces, mi pregunta para usted es: ¿Alguna vez ha herido o dañado a alguien con su enojo? Si es así, desde el punto de vista espiritual, la historia de Moisés también se aplica a usted. En realidad, no es tan difícil ser considerado un asesino en el reino de Dios. Puede que no esté sentado junto a un pozo en Madián, pero las consecuencias espirituales se manifiestan de otras maneras.

La vida de Moisés cambió en dos días, y nuestra vida puede cambiar con la misma rapidez.

Esto me recuerda la implosión que hace poco vi en las noticias. En Dallas habían puesto en cuarentena un par de edificios muy antiguos para una implosión, a fin de que los constructores pudieran construir un nuevo edificio en ese lugar. En menos de quince segundos, lo que había estado allí por años y años, simplemente hizo implosión y se derrumbó. Edificios que habían requerido grandes cuadrillas de trabajadores durante más de un año o dos para su edificación terminaron convertidos en un montón de escombros en menos tiempo del que probablemente le lleve a usted leer esta página. A veces la vida puede ser de esta manera también. Su vida puede estar pasando sin desvelos y entonces, en menos de dos días, toda su vida se derrumba. Se desploma, sus sueños mueren, y usted no está ni por asomo cerca de donde pensó que estaría o donde quería estar.

Moisés pasó de la “Casa Blanca” a un establo en solo dos días debido a un mal paso, un desacierto. Estoy seguro de que mientras Moisés cuidaba de esas ovejas en el desierto día a día, echaría la vista atrás a su vida, pensando que si tan solo pudiera hacer retroceder el

tiempo, haría las cosas de modo diferente. *Ese* día no hubiera tomado *la decisión* que tomó con *esa* persona. No hubiera ido a ese lugar, no hubiera hecho o dicho eso o no hubiera dejado de hacer o decir una cosa u otra. Si tan solo pudiera hacer retroceder el tiempo, podría cambiar su situación. Todavía seguiría viviendo en la casa del faraón, comiendo la comida del faraón, iría a las fiestas del faraón, usaría su tarjeta Visa egipcia y conduciría su carroza Mercedes. Pero ahora, en el desierto, con el faraón tras él para matarlo, Moisés ya no ve ninguna esperanza para él. Probablemente piense, como podría pensar usted hoy: “Es demasiado tarde para mí. Dios no puede usarme después de lo que hice con mi vida”.

De hecho, cuando llegamos al tercer capítulo de Éxodo, Moisés tiene ochenta años. Hemos leído en el libro de los Hechos que cuando Moisés mató al egipcio, tenía cuarenta años. Sin embargo, cuando tuvo su siguiente encuentro con Dios, tenía ochenta años (Hechos 7:30). Tuvo un receso de cuarenta años por una mala acción. Pero cuando pensamos en esto, vemos que no es tan inusual. Hace treinta y cinco años que soy pastor, y en consecuencia he pasado mucho tiempo aconsejando a individuos y familias en medio de las pruebas de sus vidas. No es raro descubrir que hubo malas decisiones que hace décadas desencadenaron consecuencias emocionales, físicas, de actitudes o relacionales. Así como la vida de Moisés tuvo un cambio drástico, también lo tuvo la vida de otras personas; y el pensamiento que siempre surge es: “Si no hubiera...”.

Amigo, si en este momento usted está pasando una situación que le hace pensar “si no hubiera...”, quiero que preste mucha atención a lo siguiente. Debido a su pasado, puede que piense que es demasiado tarde para volver a soñar, esperar o recuperar su esencia. Pero nunca es demasiado tarde cuando Dios está presente. Y mientras usted siga con vida, Dios estará presente, porque Él no se va a ningún lado.

A los ochenta años, hubiera sido fácil para Moisés pensar que era demasiado tarde. A los ochenta años, probablemente era fácil que Moisés pensara que nada iba a cambiar. A los ochenta años, sin duda Moisés pensó que todos sus mañanas serían como sus días presentes

y que estaría condenado para siempre a una vida desdichada como pastor de las ovejas de su suegro.

Pero a los ochenta años, todo *cambió* para Moisés.

Leemos: “Un día en que Moisés estaba cuidando el rebaño de Jetro, su suegro, que era sacerdote de Madián, llevó las ovejas hasta el otro extremo del desierto y llegó a Horeb, la montaña de Dios” (Éxodo 3:1, NVI).

Horeb, la montaña de Dios, también se conoce como el monte Sinaí. Moisés está a punto de tener el encuentro de su vida, y el lugar de ese encuentro es decisivo. El monte Sinaí es donde más adelante Dios le daría los Diez Mandamientos. Se la conoce como la montaña de Dios porque es el lugar de la presencia de Dios. En otras palabras, aquí Moisés tiene un encuentro que lo hará libre de su pasado y le dará un futuro completamente nuevo en la presencia de Dios. Solo cuando Moisés llevó su rebaño a la montaña de Dios, pudo recuperar lo que había perdido.

Si usted se encuentra en una situación como la de Moisés y ha estado viviendo mes a mes o año a año con repercusiones de sus desaciertos y malas decisiones, el primer paso para recuperarse es averiguar qué necesita realmente.

No necesita otro sermón. No necesita otro seminario o conferencia bíblica. Para ser sincero, ni siquiera necesita otro libro. No quiero decir con esto que quiera que deje de leer este libro o que deje de ir a la iglesia. Esas cosas son buenas e importantes. Pero cuando usted se encuentra en una situación como la de Moisés, necesita un encuentro con Dios totalmente nuevo.

Necesita estar en la presencia de Dios. En su presencia, escuchará una palabra específica de Dios para su vida más que una palabra para todos en general. Dios explica en Joel 2:25-26 (NVI) qué puede suceder en su presencia.

Yo les compensaré a ustedes por los años en que todo lo devoró ese gran ejército de langostas que envié contra ustedes: las grandes, las pequeñas, las larvas y las orugas.

Ustedes comerán en abundancia, hasta saciarse, y alabarán el nombre del SEÑOR su Dios, que hará maravillas por ustedes.

Las “langostas” habían devorado cuarenta años de la vida de Moisés debido a la decisión que había tomado; sin embargo, Dios usa esos cuarenta años para hacer lo que Moisés nunca podría haber hecho sin ellos. Antes del desierto, Moisés pensaba que podía liberar a los israelitas por sí solo, un hombre cada vez. Después del desierto, Moisés había aprendido a depender de Dios. Moisés no fue eximido de recibir las consecuencias de su error, y los cuarenta años perdidos se perdieron para siempre; pero lo hermoso de Dios es que Él invierte el *valor* de esos años perdidos en los siguientes cuarenta años de Moisés.

Pero esa transferencia de valor solo sucedió cuando Moisés fue hasta donde Dios estaba, cuando se encontró con su presencia. Lo mismo sucede con usted y conmigo. Dios promete restaurarnos cuando nos volvemos a Él, pero eso significa más que escuchar un sermón, ir a un seminario o cantar una alabanza; significa estar desesperado por Él en su presencia.

Cuando Dios hace algo sorprendente

En la presencia de Dios, Moisés tuvo un espectáculo de luces con efectos especiales. Leemos en Éxodo 3:2: “Allí el ángel del SEÑOR se le apareció en un fuego ardiente, en medio de una zarza. Moisés se quedó mirando lleno de asombro porque aunque la zarza estaba envuelta en llamas, no se consumía”. Moisés experimentó la presencia de Dios. De hecho “el ángel del Señor” es Cristo preencarnado, de modo que Moisés tuvo una experiencia cara a cara y personal con Dios.

Podemos aprender un secreto de este pasaje, el secreto de cómo saber cuándo Dios está por hacer algo sorprendente en nuestra vida. Este pasaje explica cómo saber cuándo Dios está a punto de invadir nuestra vida común y corriente con algo extraordinario. Los teólogos

tienen un nombre selecto para cuando Dios se manifiesta, que toman de los rabinos judíos antiguos: *Shekiná*. La *Shekiná*, una transliteración del hebreo, significa literalmente “habitar” o “morar”. La gloria *Shekiná* es la manifestación visible de la presencia de Dios. Es la manera en que Dios se hace visible para que usted *sepa* que Él está ahí.

Nunca en la historia hemos visto a Dios mostrarse solo para hacer acto de presencia. Cuando Dios se muestra de manera visible, *Shekiná*, está por hacer algo que le dejará perplejo. Dios invade la normalidad de nuestra vida con su anormalidad, creando una situación que no se puede explicar. Pero tengamos presente que cuando Dios hace algo que no tiene lógica, no tiene que parecernos lógico. No tiene sentido ni siquiera tratar de encontrarle lógica; tan solo observemos y veamos a Dios en esa situación.

Reiteradas veces en la Biblia y en la historia subsecuente, cuando Dios estuvo a punto de moverse en una situación al parecer sin esperanza, se manifestó de manera inexplicable para el entendimiento humano. Es importante recordar esto. Si estamos en la presencia de Dios y estamos buscando un cambio, busquemos algo que no podamos explicar. Dios nos dice en Isaías 55:8-9: “Mis pensamientos no se parecen en nada a sus pensamientos —dice el Señor—. Y mis caminos están muy por encima de lo que pudieran imaginarse. Pues así como los cielos están más altos que la tierra, así mis caminos están más altos que sus caminos y mis pensamientos, más altos que sus pensamientos”.

Así de diferente es Dios de usted y de mí. Él no se parece a nosotros. Sus caminos están tan altos que ni siquiera los podemos ver. Uno de mis grupos vocales preferidos de todos los tiempos son los Delfonics, y si Dios hubiera escrito esto en la época de la música soul, lo habría fraseado de esta forma: “¿Acaso no te dejé perplejo esta vez? ¿Acaso no me manifesté de una manera que no te pudiste explicar?”.

En el caso de Moisés, Dios se manifestó en una zarza envuelta en llamas que no se quemaba. No sería nada especial ver una zarza envuelta en llamas en un desierto abrasador. Las cosas se resecan en el desierto, y se producen incendios. Pero cuando una zarza está

envuelta en fuego y no se quema, eso es diferente. Dios se manifestó en esta situación anormal. Y cuando lo hizo, Moisés dijo: “Esto es increíble... ¿Por qué esa zarza no se consume? Tengo que ir a verla de cerca” (Éxodo 3:3). Moisés no podía explicarlo, pero tampoco podía ignorarlo. Dijo que eso era “increíble”, y sin lugar a dudas quería saber qué estaba sucediendo con aquella zarza extraña.

Y Dios se lo dijo. Después de que Moisés se acercara a mirar la zarza, Dios le habló. Leemos: “Cuando el SEÑOR vio que Moisés se acercaba para observar mejor, Dios lo llamó desde el medio de la zarza: ‘¡Moisés! ¡Moisés!’. ‘Aquí estoy’, respondió él” (v. 4). Dios no se manifestó a Moisés hasta que Moisés se acercó a mirar. Muchos de nosotros queremos más de Dios, pero no nos hemos vuelto para mirar lo que Él ya está haciendo. Queremos que Dios se manifieste, pero no hemos respondido a la manera en que Él ya se ha manifestado. Y después nos sentamos a quejarnos y preguntarnos por qué no recibimos más.

Una de las razones por las que no recibimos más es porque Dios no nos ha visto hacer nada con lo que ya nos ha dado. Cuando Dios nos da algo que nunca hemos visto antes y no podemos explicarlo, no lo ignoremos. Acerquémonos y busquemos a Dios en medio de ello, porque es posible que Dios solo esté tratando de manifestarse a nuestra vida en un nivel totalmente nuevo.

Eso es lo que Dios hizo con Moisés. Cuando Moisés se acercó, escuchó dos palabras: “¡Moisés! ¡Moisés!”. ¿Le habló Dios en hebreo? Moisés había estado viviendo en el desierto de Madián como un extranjero durante cuarenta años; ¿acaso no habían pasado todos esos años desde que no escuchaba decir su nombre en hebreo? Después de estar atrapado en un desierto durante cuatro décadas en las que su vida parecía no ir a ningún lado, de en medio de una zarza Moisés escucha a Dios que lo llama por su nombre. No era un sermón general ni una palabra general para todos; sino que Dios le hablaba directamente a Moisés, porque la situación de Moisés era tan desesperada que requería una palabra personal de Dios.

Hace casi cuatro décadas que predico, y no puedo contar la

cantidad de veces que alguien se acerca a mí después de un sermón que prediqué sin tener a ninguna persona en mente, y que ese individuo me diga que el sermón que acabo de predicar era exactamente para él. De hecho, la semana pasada se me acercó una dama después del sermón —alguien a quien no conocía— y me dijo: “Pastor, lo que predicó esta mañana era justo para mí. Estaba luchando con una decisión, y su sermón me dijo exactamente lo que debía hacer”. Ahora bien, yo no conocía la situación de esa mujer. Solo prediqué lo que Dios puso en mi corazón para ese domingo en particular. Pero cuando estamos en la presencia de Dios, el Espíritu Santo toma la *Palabra de Dios* y la convierte en una *palabra de Dios* para nosotros.

Cuando usted está sentado en una congregación escuchando un sermón, o escuchando la radio o su MP3, o leyendo un libro, y siente como si fuera la única persona en ese lugar o que ese mensaje era solo para usted, es allí cuando Dios lo está llamando por su nombre... “¡Sara, Sara!” o “¡Carlos, Carlos!”.

Cuando usted escuche su nombre, haga lo que hizo Moisés, que dijo: “Aquí estoy”. Me hubiera gustado estar allí, porque dudo que Moisés pronunciara esas palabras claramente. Es probable que se pareciera más a un gemido varonil. Él estaba mirando a una zarza que ardía pero no se quemaba. Acababa de escuchar que Dios le hablaba directamente a él, por su nombre. Ya era un milagro que Moisés fuera capaz de contenerse. En mi paráfrasis Tony Evans, Moisés pudo haber respondido: “¿Yo? Sí. ¡Aquí estoy!”.

La razón por la que pienso así tiene que ver con lo que sigue a continuación. Dios rápidamente respondió: “No te acerques más” (v. 5). Moisés había escuchado decir su nombre después de cuarenta años de silencio, y estaba a punto de averiguar de dónde provenía. Pero Dios le detiene en seco mientras se acerca y le dice: “Quítate las sandalias, porque estás pisando tierra santa” (v. 5).

Dios detiene a Moisés y le dice que se quite las sandalias. El hecho de quitarse las sandalias lo identificaba con quién era como humano. El hombre fue originalmente hecho de la tierra. Dios hizo a Adán del polvo de la tierra antes de que soplara aliento de vida en

él. Por tanto, originalmente, toda la humanidad proviene de la tierra. Cuando usted o yo muramos, gran parte de nuestro cuerpo físico se corromperá y volverá a la tierra. Quitarse las sandalias le recordaba a Moisés quién era y cuán alto debía estar en la presencia de Dios. Cualquier sandalia que Moisés usara tendría una suela. Y aunque esa suela tuviera tan solo medio centímetro de espesor, seguía siendo medio centímetro demasiado alto en la presencia de Dios.

No solo eso, sino que en su mejor día, Moisés necesitaba recordar que no era mucho más que tierra dignificada. Si bien Dios puede hacer mucho con tierra dignificada, no quería que Moisés se “[creyera] mejor de lo que realmente [era]” (Romanos 12:3).

“¡Moisés! ¡Moisés! —lo llamó Dios—. Quiero recordarte de qué estás hecho. Quitate tus sandalias y ponte en contacto con lo que realmente estás ligado: *tierra*”. Pero la diferencia ahora es que esa tierra es tierra especial, porque es tierra santa. Es maravilloso lo que Dios puede hacer con tierra santa sobre suelo santo.

Después de cuarenta años de guiar a ovejas torpes por un desierto estéril, probablemente Moisés pensaba que era demasiado tarde para hacer algo significativo; especialmente cumplir ese sueño perdido hace mucho tiempo de ayudar a liberar a los israelitas. Pero Moisés no sabía que Dios le había estado preparando durante todo ese tiempo. Primero le dio cuarenta años de preparación en “las afueras” del lujo de Egipto. Después le dio cuarenta años de preparación en el “centro urbano” de la soledad de Madián. Los segundos cuarenta años de preparación fueron resultado de la mala decisión de Moisés, pero eso no impidió que Dios le usara. Moisés necesitaría las habilidades que aprendió guiando ovejas en el desierto para guiar a las ovejas de Israel al sacarlas de Egipto y llevarlas hasta la Tierra Prometida.

Las consecuencias que Moisés sufrió sin duda fueron dolorosas, y los días, noches, semanas, meses y años sin duda fueron largos; pero Dios tiene una forma única de transformar el desastre en un milagro. Aprendemos de la vida de Moisés que Dios no siempre alivia las consecuencias o borra el dolor, pero Él es tan grande que ni siquiera se perturba por el desastre que usted hace. Él aún tiene un plan y un

llamado para usted. Si lo busca, lo encontrará, como hizo Moisés cuando Dios se le apareció en su desierto.

Pero lo interesante sobre el momento del llamado de Moisés es que no sucedió hasta que en Egipto sucedió otra cosa. Tengamos en cuenta que Dios nunca trabaja solamente con nuestra vida. Dios siempre hace más que una sola cosa a la vez. Dios estaba preparando a Moisés en el desierto durante su paréntesis de cuarenta años, pero también estaba esperando a que toda la nación clamara a Él para ser libre. Fundamentalmente, Israel debía *querer* ser libre. Los israelitas estaban disfrutando demasiado de Egipto. Pero cuando clamaron, Dios habló a Moisés.

La Biblia está dividida en versículos y capítulos para que no nos perdamos en la lectura; pero cuando se escribió la Biblia, no tenía versículos ni capítulos. El capítulo 2 de Éxodo termina así:

Con el paso de los años, el rey de Egipto murió; pero los israelitas seguían gimiendo bajo el peso de la esclavitud. Clamaron por ayuda, y su clamor subió hasta Dios, quien oyó sus gemidos y se acordó del pacto que había hecho con Abraham, Isaac y Jacob. Miró desde lo alto a los hijos de Israel y supo que ya había llegado el momento de actuar (Éxodo 2:23-25).

Éxodo 3 comienza: “Cierta día Moisés se encontraba apacentando el rebaño de su suegro, Jetro, quien era sacerdote de Madián. Llevó el rebaño al corazón del desierto y llegó al Sinaí, el monte de Dios”.

En el idioma original de la Biblia, no hay división de capítulos. Cuando los israelitas clamaron a Dios y Dios los oyó, Dios se apareció a Moisés en una zarza ardiente sobre su monte. Mientras Dios trabajaba con Israel, también trabajaba con Moisés para llevar de vuelta a un hombre quebrado a una nación quebrada a fin de lograr un éxodo maravilloso hacia la libertad. Dios siempre conecta una cosa con la otra.

Después de su desvío de cuarenta años a causa de su desacierto,

Moisés estuvo en la presencia de Dios. Respondió a la persona de Dios. Conoció el plan de Dios. Y al poco tiempo experimentaría el poder de Dios, porque cuando Dios se manifestara en Egipto, haría una demostración de poder que Moisés nunca había conocido en el desierto. Pero incluso lo que Moisés había aprendido sería usado en su llamado a guiar al pueblo de Dios hacia la libertad, porque Dios nunca malgasta nada.

Así como no fue demasiado tarde para que Dios llamara a Moisés, tampoco es demasiado tarde para que Dios redima su situación y le use a usted de una manera que no puede imaginar en este momento. Nunca se conforme con estar en el desierto, aunque esté allí por haber cometido un error o pecado.

Dios tiene el récord de las recuperaciones más exitosas de todos los tiempos, pero usted debe posicionarse en la presencia de Dios para ver lo maravilloso que Él hará. Debe dar la vuelta y mirar en su dirección para que Él lo llame por nombre y vuelva a comisionarlo para su servicio.

Y cuando Él lo haga, usted tendrá un testimonio, como solíamos decir en la iglesia de antaño. Igual que Moisés, tendrá un testimonio de lo que Dios puede hacer cuando parece que no hay nada que pueda hacerse para redimir su situación.